



53° Congreso Eucarístico
Internacional

“EL CORAZÓN DE JESÚS, FUENTE DE VIDA”

**INTERVENCIÓN AL SIMPOSIO TEOLÓGICO INTERNACIONAL
DEL
PADRE PAOLO MOROCUTTI**

INTRODUCCIÓN

Excelencias Reverendísimas, queridos hermanos en el Sacerdocio, hermanos y hermanas, la imagen del corazón, de la que hoy se ha abusado profunda y ampliamente, se refiere a dos polaridades, ambas engañosas para la correcta comprensión del misterio de Cristo. Por un lado, el corazón es concebido en su abstracción más racional que quiere un Dios impassible, inmune a las emociones, desprovisto de sentimientos. Por otra parte, el corazón se reduce a una dimensión sentimental e irracional, a la que el hombre sólo puede someterse pasivamente, irremediamente abrumado por las pasiones. Para ambas posturas, las emociones y los afectos son realidades que no se pueden conciliar con la auténtica comprensión de Dios. El objetivo principal de este informe es volver a poner en el centro de la reflexión teológica y de la práctica pastoral el Corazón del Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, capaz, en virtud de la Encarnación, de vivir plenamente todas las dimensiones afectivas, afectos y sentimientos propios de la naturaleza humana y, por tanto, de ser fuente viva de vida para todo hombre. El Corazón de Jesús se nos presenta como el corazón de un Dios que es capaz de amar, de ser profundamente conmovido por el hombre, de sentir la emotividad del amor. En el centro del misterio del mundo está Jesucristo. En el centro del misterio de Jesucristo está su muerte, que se revela en la resurrección. En el centro del misterio de su muerte está su amor, y el amor de Jesús encuentra una morada en su Corazón. Por eso podemos decir que el Sagrado Corazón conduce a la esencia del cristianismo: la persona de Jesús, Hijo de Dios y Salvador del mundo, revelada hasta lo más profundo de su ser, hasta las profundidades de las que brotan todas sus palabras y acciones: su amor filial y fraterno hasta la muerte. Para la mayoría de las culturas, el corazón ha simbolizado el centro vivo de la persona, el lugar donde se fundan, en la unidad íntima de la persona, la complejidad, la multiplicidad de facultades, energías, experiencias, afectos y relaciones. El corazón, además, es símbolo de la profundidad y autenticidad de los sentimientos y de las palabras, por tanto, de su fuente más profunda: el amor. El culto del Sagrado Corazón presenta a la persona de Jesús bajo el aspecto del amor, considerado no en algún misterio particular de su vida, sino en su característica fundamental, que lo define en su ser divino, porque Dios es caridad, y lo caracteriza en todas las manifestaciones de su vida terrena, desde la Encarnación hasta la Eucaristía, desde la Cruz hasta la Gloria. Si Dios quiere darse a nosotros en Jesús como amor y bajo el símbolo de su corazón, se deduce que debemos responder al amor, amando. El acto específico de devoción al Sagrado Corazón es el amor de la criatura humana que se esfuerza por corresponder al amor del Verbo Encarnado. Por eso, la liturgia de la solemnidad del Sagrado Corazón está totalmente impregnada de la invitación y de la llamada al amor.

El Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y por lo tanto representa el amor que él tenía y tiene por nosotros, un amor hecho de emociones y afectos, sentimientos, alegrías y tristezas.

Por esta razón, el culto que se debe rendir al Sacratísimo Corazón de Jesús es digno de ser estimado como la práctica perfecta de toda la cristiandad. El cristianismo, de hecho, es la religión de Jesús, basada enteramente en el mediador Hombre-Dios, de modo que no se puede llegar al corazón de Dios si no es pasando por el Corazón de Cristo, de acuerdo con lo dijo; *“Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie viene al Padre sino por mí”*. La devoción al Sagrado Corazón propone el amor de Dios como objeto de adoración, acción de gracias e imitación, y considera también la perfección de nuestro amor a Dios y al prójimo como la meta a alcanzar mediante la práctica cada vez más generosa del mandamiento nuevo; *“ámense los unos a los otros como yo como los he amado”*. Il Sacro Cuore è quindi la sorgente, è la garanzia della vera carità soprannaturale che deve regnare in tutti i membri della Chiesa. Essa induce in tutti i battezzati la volontà deliberata e costante di collaborare insieme all'unico scopo, cioè la salvezza delle anime. Dios, la Creación, la Encarnación, la Redención, el cristianismo como doctrina y como vida, nos hablan de amor y nos comprometen al amor. La devoción al Sagrado Corazón no es, por tanto, una superación del cristianismo, sino la verdadera práctica de este. Esta devoción no está destinada a intentar nuevos caminos, sino sólo a reconducir nuestra fe y nuestra piedad al espíritu genuino del Evangelio. Por estas razones, Pío XI afirmó que: *“esta devoción es la síntesis de todo el cristianismo”* y Pío XII añadió que; *“ya que el cristianismo es la religión del amor, el culto al Sagrado Corazón debe ser considerado como la profesión más perfecta de la religión cristiana, de hecho, es el culto al amor que Dios tiene por nosotros en Jesús”*.

ORIGEN Y TEOLOGÍA DEL SÍMBOLO

La antropología bíblica concibe el corazón como la sede de las funciones intelectuales, es el lugar desde el cual se proyecta y se procede¹. Por esta razón, entendiendo bien su significado, la Biblia LXX "interpreta" y traduce *lêb* (corazón) como *noûs* (mente, intelecto) considerando las dos palabras equivalentes². Los escritores cristianos de los primeros siglos conservaron en principio, un lenguaje bíblico, incluso en lo que respecta al uso de la palabra corazón. Pero ya en el siglo III, los Padres trataron de explicar intelectualmente todo lo que encontraban inusual en los sentidos bíblicos de *kardia*³. Esto nació de la necesidad y el esfuerzo de explicar el término bíblico a las personas para quienes el corazón tenía un valor casi anatómico y fisiológico⁴. Singularmente, sólo el estoicismo consideraba el corazón como el órgano central (*to eghemonikòn*) de la vida espiritual, la sede de la razón, de la que emanan el sentir, la voluntad y el pensar. Así, Orígenes, compartiendo esta doctrina -en estos aspectos muy cercanos al uso bíblico- habla del «corazón» del Señor como *'eghemonikòn*, de su fuente de pensamientos y de la sabiduría de la que el hombre espiritual debe *«beber el agua viva de la sabiduría»*; y, comentando el hecho de que el apóstol Juan apoyara su cabeza en el pecho de Jesús, escribe que *«estaba muy cerca del intelecto del Maestro y que más que nadie podía penetrar en la intimidad de su doctrina»*⁵.

Estas ideas origenianas fueron fielmente retomadas por autores cercanos al teólogo alejandrino como Gregorio de Nisa, Evagrio Póntico y otros, y mantuvieron cierta influencia –a través de Ambrosio⁶ y Agustín⁷ – en general en la mística y ascética medievales⁸.

¹ Es bien sabido que el cerebro no tiene parte en la fisiología y psicología bíblicas. Cf JACOB, *Psyké...*, p. 1213.

² JACOB, *Psyké...* B. En la antropología del Antiguo Testamento. 5. Espíritu. d) La relación con nefes y el corazón, GLNT, XV, p. 1219 – 1220. Esta conformación a la mentalidad helenística se da en mayor medida en las otras versiones griegas del Antiguo Testamento, como, por ejemplo, en la de Símaco.

³ A. GUILLAUMONT, *Les sens des noms du coeur dans l'antiquité*, in AA. VV., *Le Coeur*, Bruges – Paris, Ed. Desclée de Brouwer, 1950, p. 67, (*Études Carmélitaines mystiques et missionnaires*, 29); A. GUILLAUMONT, *Cor et cordis affectus*. 2. Notion de «coeur» chez les auteurs spirituels grecs à l'époque ancienne, DSAM, II, (1957), p. 2281 – 2288.

⁴ En el mundo griego, sólo en la poesía se experimenta el *kardia* como principio de la vida espiritual y psíquica del hombre. En la terminología filosófica, por el contrario, sólo tiene un significado fisiológico: Platón y Aristóteles no son muy proclives a atribuir funciones psíquicas a *kardia*.

⁵ ORIGENE, In *Canticum Canticorum* II, PG 13,67. Cf H. CROUZEL, *El corazón según Orígenes*, en *El Corazón de Cristo, el Corazón del Hombre*, p. 113 – 144; M. FEDOU, *Le coeur de l'Époux: Origène et le langage du coeur*, «Christus» 35 (1988), p. 272 – 278; K. RAHNER, «Coeur de Jesus» selon Origène?, «Revue d'Ascétique et de Mystique» 14 (1934) p. 171 – 174.

⁶ Cf A. CUNNINGHAM, *El corazón en los escritos de San Ambrosio*, en *el corazón de Cristo corazón del hombre*, p. 91 – 112.

⁷ Cf C. BOYER, *Le triple amour du Christ pour les hommes dans les écrits de Saint Augustin*, in *Cor Jesu*, I, p. 569 – 594.

⁸ H. RAHNER, *Los inicios de la devoción ...*, p. 55. En lo que se refiere al tema en general, cf H. RAHNER, *Mirabilis progressio. Gedenken zur geschichtstheologie der Herz-Jesu-Verehrung*, in *Cor Jesu*, I, p. 21 – 58; H. RAHNER, *Los inicios de la devoción ...*, p. 49 – 69; J. SOLANO, *La Santa Misa y el culto al Sagrado Corazón*. Estudio teológico-patristico, in *Cor Jesu*, I, p. 269 – 306; A. TESSAROLO, *El objeto del culto al Corazón de Jesús en*

A las puertas de la era moderna todavía encontramos elementos afectivos e intelectuales en la metáfora del corazón: podría indicar al mismo tiempo emotividad (la comprensión del corazón como símbolo de amor) e interioridad⁹.

Este binomio venía dado por el hecho de que la psicología de la época, probablemente bajo la influencia de un estoicismo muy extendido en ese tiempo, colocaba las raíces de la afectividad y del amor en la voluntad considerada como una facultad única, que tiene su origen en las aspiraciones esenciales de nuestra naturaleza pero que están determinadas según nuestra razón¹⁰. Por lo tanto, a principios del siglo XVII, a esta compleja concepción del término «corazón», se apela a la noción de interioridad y, en consecuencia, hablar del «Corazón de Jesús» significa hablar de su interioridad. De hecho, para varios autores espirituales de la época, como Pierre de Berulle y Juan Eudes, «Corazón de Jesús» e «interioridad de Jesús» son considerados sinónimos¹¹. La expresión "la interioridad de Jesús" aparece ya en varios escritores espirituales de los Países Bajos desde el siglo XVII. Es el intermediario de la atención a su humanidad sufriente, especialmente en las meditaciones de la pasión, más que de la psicología de Cristo. Los autores franceses a menudo se detienen a considerar las *«actions intérieures et spirituelles de l'âme de Jésus»*, a menudo deteniéndose en el psicologismo¹². En cualquier caso, la atención al corazón, a la interioridad de Jesús, aquí también tiene fines espirituales: si la razón de ser cristianos es imitar a Cristo, esto es especialmente cierto en el ser totalmente conforme a su propia interioridad, en conformarse a su corazón¹³. Texto de Mateo: "Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29) se convierte en la referencia más recordada por estas lecturas espirituales¹⁴ y, meditando y preguntándose en particular sobre los sentimientos y sufrimientos interiores de Jesús durante la pasión, se trata de sentir pena a través de un enfoque místico con los mismos «dolores íntimos» de su Corazón¹⁵.

los escritos de los padres, en: AA. VV., *El Corazón de Jesús y la Teología Católica*, Boloña, Ed. Dehoniane, 1965, p. 179 – 227; TUCCI, *Historia de la literatura...*, p. 592 – 593 (nota 308).

⁹ Las cosas no cambiaron ni siquiera con el éxito del cartesianismo: Descartes, de hecho, en el artículo 33 del Tratado de las pasiones, mostró que el asiento de las pasiones del *âme* no es el corazón.

¹⁰ Hablando de voluntad, se adoptó la distinción escolástica entre *voluntas ut natura*, impulso primitivo y espontáneo, y *voluntas ut ratio*, resultado de una elección racional y deliberada.

¹¹ GLOTIN, Jean Paul II à Paray – le – Monial ou pourquoi le “Coeur”?, p. 685 – 714. Para lo siguiente cf M. DUPUY, *Intérieur de Jésus*, DSAM, VII (1971), p. 1873 – 1877 e COGNET, *Cor et cordis affectus...*, p. 2300 – 2307.

¹² Es el período en el que, en filosofía, el "cogito" cartesiano comienza a abrir nuevas reflexiones también en el campo teológico como el del alma de Jesús y sobre las repercusiones causadas por la encarnación en lo que llamamos la psicología de Cristo. Cf el capítulo «Cristología en la época moderna: entre la metafísica y la psicología» del libro de L. BOUYER, *El Hijo eterno. Teología de la palabra de Dios y Cristología*, [Alba], Ed. Paoline, [1977], p. 443 – 464, (Teología, 15).

¹³ Cristo, comparado con el hombre interior paulino (cf Ef 3,16; Rm 7, 22; 2 Cor 4, 16), se propondrá como modelo del alma.

¹⁴ En el contexto de esta comprensión del símbolo del Corazón de Cristo, el pasaje evangélico fue comentado por J. GALOT, *El Corazón de Jesús y el Misterio de la Encarnación Redentora, «Vida Consagrada»*, 22 (1986), p. 444 – 458; e da A. TESSAROLO, *Corazón de Jesús. 72/1*, en «Tarjetas bíblicas pastorales», II, editado por G. ALBIERO – G. CANFORA – A. TESSAROLO, Boloña, Ed. Dehoniane, [1982], p. 1 – 4.

¹⁵ Ya San Justino, en el siglo II, aplicó las palabras del Salmo 22, 15: *«mi corazón es como cera, derritiéndose en*

La espiritualidad del Corazón de Jesús asume los rasgos de una espiritualidad reparadora¹⁶. El símbolo del Corazón de Cristo, captado en el valor epifánico del centro íntimo de la persona, de sus afectos y sentimientos, ha mediado a menudo la comprensión de la autenticidad de la humanidad de Cristo. Con la Encíclica *Haurietis Aquas* de Pío XII señalamos este tema ya en los escritos de los Padres, según el cual “*el fin por el cual Jesús asumió una naturaleza humana integral y un cuerpo transitorio y frágil como el nuestro, fue precisamente el de proveer a nuestra salvación eterna y manifestarnos de la manera más evidente su amor infinito, incluyendo su sensibilidad*”¹⁷. Basilio y Juan Damasceno afirman que los afectos sensibles de Cristo eran a la vez verdaderos y santos¹⁸. Ambrogio vede nell’*unione ipostatica la sorgente delle affezioni e commozioni, cui andò soggetto il Verbo di Dio fatto uomo*¹⁹. Agustín capta la íntima conexión entre los afectos sensibles del Verbo encarnado y la meta de la redención humana²⁰. También el Concilio Vaticano II, refiriéndose a los Concilios de Calcedonia, Constantinopla II y, en dos ocasiones, el de Constantinopla III, profundizó la comprensión de la plena humanidad de Jesús, el «hombre nuevo», utilizando, entre otras cosas, el simbolismo del corazón en el sentido descrito anteriormente: “*con la Encarnación, el Hijo de Dios se unió en cierto modo a todos los hombres. Trabajaba con manos humanas, pensaba con una mente humana, actuaba con la voluntad de un hombre, amaba con un corazón humano*”²¹.

Haber “*amado con corazón de hombre*” subraya el hecho de que también Jesús como hombre amaba al Padre, se sentía «hijo», obedecía, quería nuestra salvación²². Lo que los textos evangélicos ponen ante nuestros ojos es el amor humano a Jesús; así es con la bondad que da testimonio a Zaqueo (cf. Lc 19, 1-10), a la pecadora arrepentida (cf Lc 7, 36 – 50), de la amistad mostrada con ocasión de la muerte de Lázaro (cf Gv 11, 1 – 44), de la emoción frente a la madre que acompaña a su único hijo a la tumba (cf Lc 7, 13) y de «compasión por las multitudes cansadas y agotadas» (Mt 9, 36)²³, del

medio de mis entrañas» a los sufrimientos de Jesús en Getsemaní (Diálogo con Trifone, 720 A: PG 6, 717).

¹⁶ Debe plantearse aquí el problema hermenéutico de una correcta comprensión del lenguaje soteriológico, en el que subyace la espiritualidad reparadora, a la luz de la concepción de la soteriología cristiana como «Soteriología del ágape», pero -sobre todo por la inmensidad del tema- nos es imposible hacerlo aquí. Cf BORDONI, *Jesús de Nazaret...*, III, p. 94 – 613 y en particular p. 500 – 511.

¹⁷ HA 27. La relación simbólica entre el corazón y el cuerpo de Cristo es vista por la encíclica, sin embargo, sólo bajo el prisma de la afectividad.

¹⁸ «Es bien sabido que el Señor asumió los afectos sensibles para confirmar la realidad de la Encarnación, verdadera y no fantástica» (BASILIO MAGNO, Ep. 261, 3: PG 32, 972; cf GIOVANNI DAMASCENO, *De fide orthodoxa*, III, 20: PG 94, 1081).

¹⁹ «Por lo tanto, puesto que asumió el alma, también asumió sus pasiones, porque Dios, como era, no podía ser turbado ni morir» (De Fide ad Gratianum II, 7, 56: PL 16, 594).

²⁰ «Ahora bien, el Señor Jesús asumió estos sentimientos de frágil naturaleza humana, como la misma carne que es parte de la naturaleza enferma del hombre, y la muerte de la carne humana, no impulsada por la necesidad de su condición divina, sino estimulada por su libre albedrío para mostrarnos misericordia» (Enarrat. in Ps. 87, 3: PL 37, 1111).

²¹ GS 22. La misma cita fue retomada por Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptor Hominis* (n. 8).

²² Los Padres han puesto de relieve esta realidad sobre todo al comentar el decreto de Getsemaní: nuestra salvación ha sido querida humanamente por una persona divina. Cf MASSIMO CONFESSORE, *De eo quod scriptum est: «Pater si fieri potest transeat a em calix»* (Mt 26,39): PG 91, 65 – 68.

²³ «Tuvo compasión» (cf anche Mc 6, 34): varios pasajes evangélicos señalan esta actitud espiritual de Jesús. El

cariño con el que abraza a los niños (cf Lc 18, 15 – 17), y de las diversas actitudes de benevolencia hacia las personas con las que se encuentra en estas relaciones, Jesús mostró un amor atento, delicado y tierno (Mc 10, 21)

El amor al Padre, como se expresa en el conocido término «Abba», es también un amor humano. Es verdad que este amor humano revela el amor divino, hasta el punto de que quien ve a Jesús ve al Padre (cf. Jn 14, 9): pero lo que aparece directamente es amor humano. Por lo tanto, no es erróneo hablar del corazón humano de Cristo²⁴.

Hay que añadir que este corazón humano es el de una persona divina: es la persona del Hijo que ama, y ama humanamente, al Padre y a los hombres. La persona divina es el principio del amor humano y, sin embargo, la humanidad asumida por el Verbo no ha sido aniquilada, sino elevada a una dignidad sublime. En realidad, este corazón humano, en ser imagen de la persona, en su ser relacional²⁵, en su singular puesta delante de Dios y de cada hombre, en su capacidad única de amar absolutamente, revela «un nuevo carácter de humanidad» en el que el corazón, libre del predominio de un yo egocéntrico, depende de una nueva plenitud de ser: la del amor que se expande sobre el otro en el don radical de sí mismo posible sólo porque Dios, Amor absoluto, irrumpió en él de una manera única y soberana²⁶. Esta es la propuesta de novedad de vida, vocación suprema que Cristo, el nuevo Adán, manifestando «el misterio del Padre y de su amor», revela al hombre. En Cristo, que es «imagen del Dios invisible» (Col 1, 15; cf. 2 Co 4, 4), «el hombre perfecto que ha vuelto a la semejanza de Dios con los hijos de Adán. En Cristo, que es “*imagen del Dios invisible*” (Col 1, 15; cf. 2 Co 4, 4), “*el hombre perfecto que ha vuelto a la semejanza de Dios con los hijos de Adán*”²⁷, se da la respuesta suprema, que desde el punto de vista antropológico quedaría como una pregunta abierta, *un cor inquietum*²⁸, *pura potentia oboedientialis*. El misterio del corazón de Cristo es, por tanto, la respuesta trascendente de Dios al misterio del corazón humano²⁹. De todas estas consideraciones se deduce claramente que el hombre no puede salvarse sin la aceptación plena y consciente de su dimensión afectiva y sensorial. En otras palabras, el hombre no se salva sin su afectividad, sin su capacidad de amar, la capacidad de amar que debe ser educada y formada continuamente en la fuente misma del amor perfecto que es el Corazón de Jesús. La verdadera y auténtica evangelización nace de la calidad

término traduce el verbo griego «splanchnizomai», lo que a su vez traduce la terminología bíblica que se refiere a las «entrañas», en hebreo «rahamim».

²⁴ GALOT, El Corazón de Jesús y el misterio..., p. 457.

²⁵ GALOT, El Corazón de Jesús y el misterio ..., p. 451-456.

²⁶ BORDONI, Jesús de Nazaret..., II, p. 453.

²⁷ GS 22; cf 10.

²⁸ AGOSTINO, Confess. I, 1: PL 32, 661. Cf GS 21.

²⁹ Completamos aquí lo que se ha mencionado, en el capítulo II, ilustrando la posición de Karl Rhaner. Cf. las páginas dedicadas a la «El acontecimiento cristológico y su relevancia universal. Cristología y antropología» en BORDONI, Jesús de Nazaret ..., I, p. 186 – 219.

de las relaciones. Es necesario descubrir que el cuerpo no es externo al espíritu, es la autoafirmación de éste, es su imagen. Lo que constituye la vida biológica es también constitutivo para la persona en el hombre, hasta el punto de que la persona se realiza en el cuerpo. Por eso, dice Joseph Ratzinger en su famoso comentario a la Encíclica *Haurietis Aquas*: *“El cuerpo es una expresión de la persona. Es en ella donde se puede ver la realidad invisible del espíritu, y dado que el cuerpo es la visibilidad de la persona, pero la persona es la imagen de Dios, el cuerpo, en toda su esfera relacional, es al mismo tiempo el espacio en el cual lo divino se representa, se hace visible y se vuelve divisible. Para acercarse al misterio de Dios, el hombre necesita ver, tocar”*³⁰.

Estas reflexiones confirman inequívocamente la importancia de un verdadero y profundo compromiso educativo en las relaciones fraternas, una atención particular a la dimensión afectiva de la persona por la que pasa nuestra relación con Dios. Nuestra naturaleza humana, herida por el pecado original, necesita ser curada, y esta curación se realiza a través de una doble acción, la de la gracia, que nos viene de Dios, y la del compromiso, que nos viene de nuestra voluntad y de nuestro libre albedrío. En este sentido, es necesario repensar la educación en los seminarios, en las parroquias, en las escuelas, en las familias y en las realidades eclesiales de todo tipo, es necesario poner en el centro de nuestras pedagogías a quien nos amó con un "Corazón humano".

EL CORAZÓN PASCUAL DE CRISTO

Otro elemento útil para nuestra reflexión se refiere a la lectura teológica del pasaje de Juan sobre la perforación del costado de Cristo (Jn 19, 34). Es en este icono bíblico donde, más que en ningún otro, la tradición ha contemplado el Corazón de Cristo, desarrollando no sólo el rico significado teológico del símbolo bíblico sino también la extraordinaria riqueza de los contenidos del acontecimiento, vinculándolo indisolublemente al misterio eucarístico, de modo que muchos autores espirituales no distinguen entre "Corazón y Eucaristía". Esta comprensión "dinámica" del texto es el propio evangelista que la promueve: describiendo el hecho histórico, conduce la narración en dos niveles paralelos. La historia no se detiene en la superficie de los hechos, sino que está lleno de un aspecto simbólico fundamental que saca a relucir el misterio. El episodio nos lo presenta Juan como el punto final de la vida terrena y del sacrificio de Cristo: es el momento más importante de la manifestación del amor "excesivo" con el que fuimos amados. Él, que había subrayado expresamente el amor de Cristo en su pasión y muerte (Jn 13, 1; 15, 13), parece querer llamar nuestra atención sobre la clave de la obra redentora, mostrándonos el costado de Jesús abierto por golpe de lanza y el flujo de agua y sangre. Estos símbolos revelan el significado de la vida y la muerte de Jesús. En este sentido se puede decir que la hora de la cruz es el momento culminante de la vida de Jesús. Pero aquí, como siempre en la teología de Juan, el elemento determinante es la revelación del misterio de Cristo. Los símbolos de la sangre, el agua y el lado abierto revelan lo que Jesús vivió y quiso internamente, incluso antes de morir.³¹ El *consumatum est* de Jesús moribundo expresa su total obediencia a la voluntad del Padre, porque ha realizado perfectamente el designio mesiánico indicado en la Escritura (vv. 28 y 30); por otro lado, el paralelo con 13, 1 "después de haber amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" muestra el cumplimiento de la cruz como el momento en el que se llegó a la manifestación suprema del amor salvador de Cristo por los suyos. Juan es el único que nos presenta, con insistencia, esta "señal" del costado traspasado: (19, 31 - 37 y 20, 25. 27; cf también Ap 1, 7 - 8) y, simultáneamente, la muerte de Jesús y el brotar de la vida.

En la cruz se manifiesta un corazón herido moribundo: un corazón que en el mismo momento en que es herido, deja brotar la fuente de la vida, del agua y de la sangre; la Eucaristía. Como dice Orígenes, «no era como los demás muertos; pero desde lo más profundo de esta muerte dio signos de vida en el

³¹ I. DE LA POTTERIE, «Volverán la mirada hacia aquel a quien traspasaron». Sangre de Cristo y oblación, «Civ.Catt.», 137 (1986), III, p. 111; A decir verdad, el autor en otro lugar se muestra inclinado a seguir el camino bíblico del corazón - interioridad, ya que el texto del "corazón traspasado" se refiere a Jesús ya muerto, y no dice nada sobre el corazón vivo de Jesús y su interioridad (DE LA POTTERIE, Hacia una renovación de la espiritualidad..., p. 373).

agua y en la sangre y fue, por así decirlo, un nuevo muerto".³² Ahora bien, el golpe de la lanza y el fluir de agua y sangre deben leerse en continuidad con los símbolos de Juan, del agua, del espíritu y de la sangre. En la más estrecha unidad temporal, se narra una doble acción histórica y simbólica: por un lado la perforación, último rito de la inmolación practicado al verdadero Cordero Pascual (Jn 19, 36); por el otro, la apertura del costado, es decir, la fuente de agua viva que representa la efusión del Espíritu y su fecundidad espiritual prometida por Jesús a los creyentes en él "en el último día, el gran día de la fiesta", cuando, habiéndose levantado de pie exclamó en voz alta: «...el que tenga sed venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura, de su seno brotarán ríos de agua viva" (Jn 7, 37 - 39).³³ Las referencias del Antiguo Testamento en este pasaje son principalmente dos: la revocación de Es 12, 46 del rito del cordero pascual que no se debían quebrar los huesos; y el texto de Zacarías 12, 10 y 13, 1: "mirarán al que han traspasado". El pasaje es la clave interpretativa de la "sangre y el agua" que fluyen del lado abierto del crucifijo. La alusión a Zac 12, 10 recuerda el contexto profético en el que se anuncia la efusión escatológica del espíritu de gracia y de súplica sobre los habitantes de Jerusalén, su conversión y la apertura de una fuente que brota para la casa de David (13, 1) desde el lado del Templo escatológico (cf también 14, 8 y Ez 47, 1 - 12)³⁴. Por este don escatológico del Espíritu, según la página profética, en Jn 19, 37 (que se convierte así en realización de Jn 7, 37 - 39) se recuerda a todos los hombres la visión, en la fe, de Cristo crucificado y, por esta fe, a la salvación³⁵. Partiendo de la consideración del detalle de la sed de Jesús moribundo, hecho real, pero que en el contexto del cuarto evangelio recuerda otros textos que tienen sorprendentes puntos de contacto con la sed del Calvario (4, 13 - 15; 7, 37).

En estos pasajes Jesús manifiesta su vivo deseo de dar "agua viva", por eso, la sed real de Jesús aparece, aquí en la cruz, como signo de su profundo deseo interior, manifestación suprema de ese deseo mesiánico que en el momento se cumple (19, 28b. 30): mientras Jesús tiene sed y los hombres no comprenden su deseo, dándole a beber vinagre (19, 29), les da el don del agua viva, es decir, de su revelación suprema mediante el don del Espíritu anunciado con la emisión de su soplo de vida (19, 30). Jesús, pues, cumple su "sed", su ardiente deseo de colmar de este don a la Madre y al discípulo

³² ORIGENE, *Contra Celsum* II, 59: PG 11, 904.

³³ Las palabras "todo aquel que en mí cree" (v. 38) pueden referirse gramaticalmente a la oración anterior o siguiente; en consecuencia, el significado del contexto cambia según la puntuación. Sin embargo, sin entrar en la cuestión de cuál es la versión más probable, entender a Jesús mismo como fuente de agua viva está en consonancia con el concepto de Juan de la identidad de los efectos en Jesús y sus seguidores (cf. 14, 12). : cf. KÖSTER, *Splänknon, splänkna...*, p. 934.

³⁴ Para los demás pasajes sobre la promesa del agua cf. Is 12, 3; 33, 16: como guerrero valiente (Is 42, 17) Dios renueva para su pueblo las maravillas del éxodo: allana y traza un camino en el desierto para que puedan avanzar rápidamente e introduce ríos de agua para calmar su sed (Is 42, 17) 41, 18; 42, 15 - 17; 43, 19b - 20; 48, 21; 49, 10).

³⁵ Siguiendo las huellas de Zacarías, el autor del VI evangelio combina el tema de la realeza universal ("será rey sobre toda la tierra" de Zac 14,9 al que corresponde Jn 19, 19 - 22) con el del universalismo de salvación: las aguas traen purificación y vida al oriente y al occidente.

amado, es decir, a la Iglesia madre y a los creyentes que en la fe toman de ella vida y la acogen³⁶

Siguiendo las huellas de Zacarías, el autor del VI evangelio combina el tema de la realeza universal ("será rey sobre toda la tierra" de Zac 14,9 al que corresponde Jn 19, 19 - 22) con el del universalismo de salvación: las aguas traen purificación y vida al oriente y al occidente. La misma tensión muerte-vida, que da sentido al episodio de la perforación del costado, se encuentra en el simbolismo más particular de la sangre. La sangre aparece como símbolo y revelación de la adhesión de Jesús a la voluntad de Dios, de su obediencia abnegada al Padre y de su amor salvador por nosotros. Pero el valor simbólico del evento y las correlaciones literarias del verso con otros textos abren aquí amplias perspectivas en diferentes direcciones. El agua que brota del costado abierto de Jesús simboliza su amor eucarístico que él comunica y con el que también se hace posible que quien "volverá la mirada" con fe participe de sus disposiciones profundas. La mirada penetrante del creyente desea, por tanto, descubrir el misterio de la interioridad de Cristo, a través de los símbolos de la sangre y del agua, pero también participar, en el Espíritu, de esa vida profunda de Cristo, en sus actitudes de oblación y de amor. Si externamente, el objeto de la mirada sólo puede captarse en lo que se describe en el v. 34: el costado traspasado del que sale sangre y agua (incluso los soldados vieron que Jesús ya estaba muerto...); la invitación es a que la mirada exterior se convierta en contemplación de fe, en experiencia interior: "de modo que también ustedes crean". Ahora bien, el "acto de ver" (en la teología de Juan el "ver" y el "creer" están íntimamente asociados) del traspasado se presenta como la respuesta de los hombres a la atracción de Cristo exaltado en la cruz (cf. Jn 3, 14; 8, 28; 12, 31 – 33), es decir, a su revelación a la manifestación de su realeza victoriosa, fuertemente subrayada por Juan en todo el relato de la pasión: indica la perfecta disponibilidad y apertura hacia lo que Jesús revela en la cruz³⁷.

La invitación a volver "la mirada hacia el traspasado" (v. 37) y a compartir la fe del discípulo en el sentido salvífico del acontecimiento, perfila, pues, un simbolismo de la Iglesia en la figura misma del discípulo: su experiencia y la fe de la que sigue dando testimonio en la comunidad (v. 35), debe convertirse en experiencia y fe de todos en la Iglesia. "El discípulo a quien Jesús amaba" (cf. 19,26) se convierte así en modelo de todos los discípulos³⁸.

Esta escena final concluye el relato de la pasión del cuarto evangelio con la apelación a la fe pascual sobre la que se fundamenta la visión cristológica, pneumatológica y eclesiológica de todo el relato³⁹. Por último, hay que mencionar la particular fecundidad del pasaje del cuarto evangelio en la exégesis

³⁶ Cf anche BORDONI, *Gesù di Nazaret...*, III, p. 135 – 137.

³⁷ Del pasaje paralelo de Juan 6, 44 - 45, sobre la necesidad de la atracción del Padre para venir a Jesús, vemos que "ser atraído" significa: escuchar al Padre y dejarse enseñar por él, que es la Actitud fundamental de la nueva alianza (cf. Is 54, 13; Jer 31, 33 – 34).

³⁸ Para la encíclica *Haurietis Aquas*, además de Juan, María, al pie de la cruz, y el apóstol Tomás, en el cenáculo, también desempeñan una función típica en la contemplación del Corazón de Cristo (HA 48 – 50).

³⁹ BORDONI, *Jesús de Nazaret...*, II, p. 511

de los Padres: a través de la herida del costado se puede llegar a la contemplación del amor redentor⁴⁰. En resumen, son tres los temas del texto de Juan sobre los que se concentrará la meditación de teólogos y místicos de los siglos siguientes: el tema del agua y de la sangre, símbolos de los sacramentos⁴¹; el tema de la Iglesia, la nueva Eva, nacida del costado de Cristo, según Adán⁴²; el tema del lado "abierto", a través del cual se puede tener acceso a la fuente de la vida⁴³. El icono del costado traspasado, fuente de vida que nace de la muerte, constituye la síntesis de la estructura misma del misterio pascual, manifestación de la misericordia del Padre. Hagamos nuestras las palabras de las *Dives in Misericordia*: «La Iglesia parece profesar de modo particular la misericordia de Dios y venerarla, volviéndose al corazón de Cristo. De hecho, precisamente acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón nos permite detenernos en este punto - en cierto sentido, central y, al mismo tiempo, más accesible a nivel humano - de la revelación del amor misericordioso del Padre, que instituyó el contenido central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre". El corazón humano de Jesús, fuente de su "ser para", es el "sacramento del amor trinitario"⁴⁴. El momento de la kénosis sacrificial, que coincide con la muerte en la cruz infligida a Cristo por la maldad humana, revela en realidad, precisamente en el traspaso del golpe de lanza, esa apertura interior del corazón humano que está determinada en él por la caridad trinitaria de Dios.

Así, el acontecimiento de la cruz tiene sus raíces en aquel amor del Padre que no escatimó a su propio Hijo, entregándolo por todos nosotros (Rom 8,32), mientras que en su auto entrega, en la muerte, el Hijo se ofrece "con un Espíritu eterno" (Heb 9, 14), determinando el nacimiento de la nueva creación con la liberación del hombre del pecado⁴⁵. Se puede decir que los tres significados del signo simbólico, los tres caminos que la reflexión y la contemplación pueden seguir juntas para penetrar en

⁴⁰ Ambrosio afirma que esto significa para la Iglesia entrar en la "cámara secreta" de Cristo, es decir, "dentro de todos (sus) misterios" (En Sal. 118, 1, 16: CSEL 62, 16). Para citas patrísticas, ver A. CARMINATI, *Él vino en el agua y en la sangre. Reflexiones bíblicas patrísticas*, Bolonia, ed. Dehoniane, 1979, p. 102-112; A. LUIS, *El Corazón de Jesús y los dogmas fundamentales del Cristianismo*, en AA. VV., *La Encíclica «Haurietis Aquas»*. Comentarios teológicos, I, Madrid, Ed. CO. CUL. SA., 1958, pág. 145 – 181; E. MALATESTA, *Sangre y agua del costado traspasado de Cristo* (Jn 19,34), en AA. VV., *Signos y sacramentos en el evangelio de Juan*, editado por P. R. TRAGAN, 19772, p. 179 – 181 (Estudio Anselmiana, 66).

⁴¹ Ad esempio, per Agostino la ferita del costato è l'apertura «della porta della vita, donde sono usciti i sacramenti»; è la porta aperta da Noè nel fianco dell'Arca «...per farvi entrare gli animali che dovevano essere salvati dal diluvio» (In Joan. 120, 2: PL 35, 1953)

⁴² «Ed è per raffigurare questo mistero – afferma Agostino – che la prima donna fu tratta dal fianco di Adamo addormentato, e che venne chiamata: vita e madre dei viventi. Qui noi vediamo il secondo Adamo piegare il capo e addormentarsi sulla croce, perché una sposa gli fosse formata, con il sangue e l'acqua che sgorgarono dal suo costato dopo la sua morte» (In Joan. 120, 2: PL 35, 1953). La tipologia è utilizzata anche dalla costituzione Sacrosanctum Concilium: «...dal costato di Cristo dormiente sulla croce è scaturito il mirabile sacramento di tutta la Chiesa» (SC 5; cf anche LG 3). Per il parallelo patrístico «Eva – Chiesa» cf BORDONI, *Gesù di Nazaret...*, III, p. 337 – 338.

⁴³ [199] Ancora Agostino, insistendo sull'aggettivo aperto là dove l'evangelista ha usato «trafitto», indica una pista da percorrere: «Cristo è la porta. Per te è stata aperta questa porta, quando il fianco è stato trafitto dalla lancia. Ricorda ciò che ne uscì e scegli per dove entrare» (In Joan. 9, 10: PL 35, 1415).

⁴⁴ JUAN PABLO II, *Inmersiones en Misericordia* 13.

⁴⁵ M. BORDONI, *La teologia della redenzione*, in AA. VV., *Spiritualità oblativa riparatrice*, Bologna, Ed. Dehoniane, [1989], p. 122 – 123 (Teologia viva, 4).

el misterio del corazón del Verbo encarnado, lejos de oponerse, se complementan y convergen hacia el mismo punto final: el drama del amor entre Dios y el hombre, el misterio de la alianza que expresa cuál es la ley fundamental de la historia de la salvación, el designio soberano de Dios que se actualiza en el tiempo a través del diálogo con la libertad del hombre. Al realizar su proyecto de salvación, Dios solicita al hombre a aceptar la oferta de su amor. Pero la respuesta del hombre a la iniciativa de misericordia de Dios es inadecuada, extrínseca, corrompida por la infidelidad hasta que, en lo que la Escritura considera el lugar por excelencia del encuentro del hombre con Dios, en el corazón, no se haga una "nueva alianza" (Jer 31,31 – 34). Si el movimiento hacia Dios, que los profetas piden continuamente a la voluntad humana, nace del corazón (Jer 3, 10; 29, 13), significa que el corazón puede convertirse, por la acción de Dios, el principio de una vida nueva y que la nueva creación comienza con la transformación de un corazón de piedra en un corazón de carne (Ez 11, 19; 36,26; Sal 51, 12). Además, la circuncisión, signo de la alianza (Gen 17, 1 – 17) debe ser en el corazón y no en lo externo (Lev 26, 41; Dt 10, 16; 30, 6; Jer 4, 4; 9, 25). La alianza escatológica profetizada (cf. Zac 9, 11; Is 55, 3; Jer 31, 31 – 34; 32, 39 – 44; 50, 5; Bar 2, 35) se realiza en el Verbo encarnado y a través de su misión redentora. (cf. Hb 13, 20). La nueva alianza se realiza en Jesús. La existencia de Jesús es la revelación del nuevo principio creador del ágape que rescata al hombre elevándolo a un nuevo proyecto humano de existencia⁴⁶. Por tanto, en su corazón humano se realizó perfectamente la alianza entre Dios y el hombre, que es redención, comunión y participación en la vida misma de Dios (cf. Jn 14, 15 - 21; 15). En otras palabras, diremos con la encíclica *Redemptor Hominis* que la obra redentora: "es, en su raíz más profunda, la plenitud de la justicia del corazón humano: en el corazón del Hijo primogénito, para que pueda llegar a ser justicia de los corazones de muchos hombres, que precisamente en el Hijo primogénito fueron, desde la eternidad, predestinados a convertirse hijos de Dios y llamados a la gracia, llamados al amor"⁴⁷.

La nueva alianza se realiza a través de Jesús. Jesús consideró su actividad mesiánica, que termina con su muerte, como el cumplimiento de la alianza escatológica, es decir, el cumplimiento de una nueva "disposición" emitida por Dios para regular las nuevas relaciones establecidas entre él y la humanidad⁴⁸.

Y en la hora pascual del paso de Cristo al Padre (Jn 13, 1), en el sacrificio sangriento del Cordero que quita el pecado del mundo (Jn 1, 29), de cuyo costado herido brota la sangre y el agua de la redención (Jn 19, 33 – 36) se resume el significado pascual de la encarnación que expresa en el máximo grado

⁴⁶ BORDONI, La teología de la redención, p. 123.

⁴⁷ JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis* 9.

⁴⁸ La cena de despedida se convierte en la "realización anticipada" de esta alianza nueva y eterna: según las palabras pronunciadas por Jesús, el nuevo estatuto divino cobra vida con su muerte sangrienta, en su sangre (cf. Heb 9,11) que la copa de la cena se hace presente (cf. Lc 22, 20; 1 Cor 11, 25; Mc 14, 24 = Mt 26, 28).

el misterio de la alianza, la revelación escatológica del amor de Dios. La redención realizada por Cristo se convierte así en la verdadera circuncisión del corazón según el espíritu y no según la letra (cf. Rom 2, 28 - 29), es decir, mediante una norma humana⁴⁹; renovación interior del corazón de los creyentes, que acogen positivamente la oferta de salvación de Dios, su alianza. El método adecuado con el que la reflexión teológica aborda la devoción al Corazón de Jesús, para llevar sus contenidos a la claridad reflejada, y por tanto para dar una valoración pastoral de la devoción al Sagrado Corazón, es para considerar su naturaleza de "devoción", es decir es, de particular experiencia espiritual, en sus peculiaridades y en su evolución histórica. Como cada experiencia espiritual, también la devoción al Sagrado Corazón utiliza un lenguaje eminentemente simbólico para explicar y comprender su objeto. En este esfuerzo de comprensión, es urgente para la teología, a pesar de su compromiso sistemático de ser *intellectus fidei*, la tarea de redescubrirse como "simbólica", es decir, de recuperar esa "mentalidad simbólica" que ha encontrado expresiones particularmente significativas en la doctrina patristica y en la teología monástica⁵⁰. Desde esta perspectiva, analizando el símbolo de la devoción, la teología de la devoción del Corazón de Jesús ha sabido ampliar sus horizontes al referirse ya no sólo a una parte del cuerpo del Salvador, sino a su persona y, más directamente, a su "triple amor", acogiendo en el Corazón de Cristo el símbolo de la propia economía salvadora. Es decir que una correcta consideración del símbolo del Corazón de Cristo al que se refiere la devoción estuvo en grado de ofrecer a la cristología clásica manual la mejor perspectiva para superar sus dos límites, es decir: una lectura del misterio de la encarnación disociada de la lectura del misterio de la redención y, en segundo lugar, una consideración mayormente ontológica de Cristo sin una identificación igualmente profunda de la economía a la que corresponde⁵¹. La devoción al Sagrado Corazón y la espiritualidad que éste da vida guían, pues, al creyente a penetrar en el misterio de la persona de Cristo, sacramento original y fundamental del amor de Dios⁵².

El Corazón de Cristo es, por tanto, un símbolo que no permanece tan cristocéntrico como para detenerse en Cristo, como hombre, sino que se epiloga en el Dios Uno y Trino, a quien Cristo, recapitulando todas las cosas en sí mismo (Ef 1, 10), aporta en calidad de mediador universal (1 Tim 2, 5). La espiritualidad de la devoción al Corazón de Jesús describe también el clima en el que madura y se expresa nuestro testimonio cristiano del mismo amor experimentado. Dejarnos amar por Dios Padre con el amor que trajo al Hijo, en el Espíritu, significa entonces entrar en la lógica paradójica que nos lleva a encontrar la vida en el momento en que la consumimos por el hermano, para

⁴⁹ En Col 2, 11 el bautismo es incluso llamado "la circuncisión de Cristo", ya que el estar en Cristo se da con la circuncisión del corazón (cf. Gal 5, 6).

⁵⁰ Cf. E. RUFFINI, Sacramentos, NDT, p. 1383 – 1384 y SARTORE, Signo – Símbolo, p. 238 – 239

⁵¹ RUFFINI, La teología del Corazón de Jesús..., p. 14:00 – 15:00 horas.

⁵² CIRAVEGNA, Un misterio de amor y de gracia, «Vida Pastoral» 79 (1991), p. 37.

verdaderamente amar al prójimo, que no siempre es amable, introducir en la historia el nuevo modo de vivir y de realizarse. Es el proyecto de salvación al que estamos llamados a colaborar en la Iglesia⁵³. Una espiritualidad así entendida, lejos de conducir a la intimidad y a la evasión, se convierte en el alma de cada apostolado - basta ver cuántos institutos religiosos la han hecho suya, inspirándose en ella para su propio apostolado. Todo esto no elimina mágicamente las diversas sospechas y dificultades reales que han puesto en crisis la devoción al Sagrado Corazón. En cuanto al declive que la afectó debe ser reconocida como un hecho, y como un hecho inevitable cuando miramos sus formas históricas concretas, sus prácticas de consagración, de reparación, sus oraciones sentimentales, no debe ocurrir en forma de olvido puro y simple. Evitando liquidaciones simplistas, debemos distinguir lo esencial de lo secundario o vinculado a otras épocas culturales. Ya que incluso los elementos accesorios no son inútiles, y por tanto deben ser revitalizados y, si es necesario, purificados⁵⁴. En el seno de la cultura contemporánea, entre los numerosos desequilibrios, a nivel cognitivo y moral, del pragmatismo efficientista, caracterizado por una tecnocracia deshumanizadora, y el consumismo hedonista, son responsables⁵⁵, podemos incluir el agotamiento de toda apertura simbólico-metafísica, es decir, una conjunto de fenómenos preocupantes, como la falta de sensibilidad hacia el arte, la poesía y, más en general, hacia los valores contemplativos, es decir, hacia aquellas actividades del espíritu que se expresan a través del simbolismo. También debido a algunas formas pastorales nuevas, pero poco acertadas, vinculadas a la renovación litúrgica y catequética, podríamos enfrentar los mismos riesgos. La atención un tanto obsesiva a los problemas del cristiano en el ámbito llamado "social", y en general un pudor exasperado de los sentimientos individuales, de la conciencia privada respecto de todo lo personal, conducen a un descuido total de la dimensión afectiva de la fe, y en este sentido la necesidad de "devoción".

Las formas "afectivas" de devoción buscan en ese sentido refugio en grupos y movimientos apartados, con los previsibles inconvenientes que tales elecciones conllevan⁵⁶. Discusión similar por una cierta actitud de sospecha excesiva -si no infundada- hacia el aspecto de la devoción propia de la religiosidad popular, por los límites y peligros a los que puede conducir. Esta preocupación justa, guiada por el discernimiento, nos invita, sin embargo, a practicar una catequesis inteligente y una pedagogía de la evangelización que promuevan y orienten la auténtica piedad popular⁵⁷. Y esto para no renunciar a la riqueza de valores, provenientes de esa síntesis vital, unificadora de todas las dimensiones humanas,

⁵³ Cf SANNA, *Sacro Cuore di Gesù*, p. 1350 – 1351

⁵⁴ Cf G. SALVINI, *Il Sacro Cuore di Gesù alla soglia del terzo millennio* (editoriale), «Cv.C.», III, 141 (1990), p. 13.

⁵⁵ Cf GS 8.

⁵⁶ ANGELINI, *La devozione al Sacro Cuore...*, p. 61 – 64.

⁵⁷ Cf PAOLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 48; COMMISSIONE TEOLOGICA INTERNAZIONALE, *Fede e inculturazione*, «Cv.C.», 129 (1989), II, p. 170 – 171

que posee una "experiencia popular de Dios", como la devoción al Sagrado Corazón. La herencia de la devoción popular al Sagrado Corazón debe, por tanto, ser retomada desde este punto de vista, por la pastoral actual, con múltiples preocupaciones. En primer lugar, debemos preguntarnos si todavía podemos promover la devoción al Sagrado Corazón sin especificar lo que significa. Un símbolo que no habla ya no es un símbolo, es un signo "roto" del que se ha perdido parte. Sólo puedes leer un símbolo si posees esta otra mitad. Por tanto, debemos poder leer el símbolo del Corazón de Cristo. Las palabras "Sagrado" y "Corazón" ya no pueden usarse hoy sin prestar atención a las transformaciones de nuestra cultura y sin entrar en los sistemas de expresiones emblemáticas contemporáneas. En esto, se debe afrontar el desafío de una cultura dominada por el tecnicismo, precisamente a través de una mayor atención y conciencia de la importancia de la educación en simbolismo. Esta educación, que se revela, así como un momento esencial de una iniciación litúrgica y espiritual, debe ser, a nivel subjetivo, un perfeccionamiento de la actitud contemplativa y de la percepción y expresión simbólicas; a nivel objetivo y cultural, iniciación en el simbolismo de las realidades naturales y algunas experiencias relacionales⁵⁸. Además de adaptar y hacer comprensible el vocabulario, a nivel práctico es necesario el compromiso de una catequesis adecuada para llevar a las comunidades cristianas a renunciar a formas de expresión inadecuadas y a buscar otras nuevas, de modo que la liturgia - en el sentido más amplio del término - pueda continuar siendo fuente de "devoción", es decir, un momento capaz de sugerir y al mismo tiempo alimentar un "estilo" según el cual vivir la fe. Una preocupación pastoral adicional debería ser la educación explícita en la oración y la "devoción" personal; y en particular a la "devoción" a la persona de Jesucristo. Para esta "devoción" -presentada no como un ejercicio particular de piedad junto a los demás, sino como una síntesis de la misión salvadora del Señor⁵⁹- sería necesario proponer modelos, ya sean fórmulas de oración o textos de meditación.

UN CORAZÓN EUCARÍSTICO

En la homilía pronunciada en la celebración eucarística de clausura del vigésimo séptimo Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Matera – Italia, el Papa Francisco explicó la importancia de la Eucaristía, recordando que la Eucaristía nos recuerda la primacía de Dios. El Santo Padre, a partir de la parábola de Lázaro, advierte que en ella se nos muestra la contradicción entre el rico que hace alarde de su opulencia y festeja profusamente y el pobre que yace a la puerta cubierto de llagas. El primero ni siquiera tiene nombre, es solo un adjetivo, porque las riquezas le han hecho perder su

⁵⁸ Cf SARTORE, *Segno – Simbolo*, p. 240 – 241.

⁵⁹ Cf T. GOFFI, «Chi ha visto ne dà testimonianza» (Gv 19, 35), «Presbyteri» 16 (1982), p. 349

identidad, dada solo por los bienes que posee y por la apariencia. En su vida no hay lugar para el Señor, porque solo se adora a sí mismo. Por el contrario, el segundo se llama Lázaro, que significa «*Dios ayuda*». A pesar de su condición de pobreza y marginación, puede conservar intacta su dignidad porque vive en relación con el Padre. El Corazón Eucarístico de Jesús nos mantiene en esta relación y nos llama al amor de nuestros hermanos y hermanas. Es Cristo quien se ofrece a sí mismo, se parte por nosotros y nos pide que hagamos lo mismo, para que nuestra vida pueda dar de comer a nuestro prójimo. Hay que reconocer que la Eucaristía es profecía de un mundo nuevo, un mundo de conversión de la indiferencia a la compasión, del despilfarro al compartir, del egoísmo al amor, del individualismo a la fraternidad. Un aspecto fundamental que une el Corazón de Jesús a la Eucaristía es la reparación. Pío XI, en la Encíclica *Miserentissimus Redemptor*, recordaba que “*este deber de expiación incumbe a toda la humanidad*”, porque todos hemos pecado.

La reparación hecha por Cristo es superabundante e infinita y, sin embargo, explicaba Pío XI, “*nosotros podemos, más aún, debemos añadir a la alabanza y a la satisfacción que Cristo en nombre de los pecadores rindió homenaje a Dios, nuestra propia alabanza y satisfacción*”. Esta carta encíclica de 1928 se centraba enteramente en la debida reparación al Sagrado Corazón, que “en cambio de su amor infinito, en lugar de encontrar un poco de gratitud, se encontró con el olvido, la indiferencia, los ultrajes”. Jesús, a Santa Margarita María Alacocque, apóstola del Sagrado Corazón, pidió específicamente algunos actos de reparación, que se pueden resumir en la Comunión Reparadora y en la Hora Santa, ambas aprobadas y bendecidas por los Pontífices. Pío XI recordó nuevamente cuánto era “*urgente, sobre todo en nuestro siglo, la necesidad de expiación o reparación*” y presentaba el triste espectáculo que tenía ante sus ojos en su tiempo. Reparar significa recompensar un bien ultrajado, pedir perdón por una ofensa causada. Refiriéndonos a la Eucaristía, la reparación pretende hacer presente en este maravilloso sacramento de su amor, la reparación de las muchas ofensas cometidas contra Jesucristo. ¿De qué está motivada la reparación eucarística? De la fe viva y del amor ardiente por Jesús presente en la Eucaristía.

Nos sentimos impulsados a reparar si estamos íntimamente conscientes de la sublimidad de este sacramento en el que «está contenido todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua» (CCC 1325). La Eucaristía no es simplemente una cosa sagrada, es la Persona misma de Jesús, viva y verdadera, con un corazón sensible a nuestras actitudes de adoración y amor, pero también a nuestras carencias. La Eucaristía es un prodigio de la creación del mundo. Nació del corazón de Jesús, inflamado de amor y deseoso de permanecer siempre con nosotros los peregrinos a lo largo del tiempo y, sobre todo, de unirnos a él en íntima comunión para tener la vida eterna, la alegría plena. Por esta razón, las ofensas contra Jesús en la Eucaristía tienen una gravedad particular. Es importante reflexionar que Jesús está íntimamente tocado por la ingratitud y las ofensas contra su Persona y a su amor. Podemos aplicar a la Eucaristía el lamento que expresó mostrando su Sacratísimo Corazón a Santa Margarita María Alacoque: «*He aquí este corazón que ha amado tanto a los hombres, que no ha escatimado nada hasta el agotamiento y la consumación para testimoniarles su amor; y por gratitud, yo no recibo de la mayoría más que ingratitud, por el desprecio, la*

irreverencia, el sacrilegio y la frialdad que me tienen en este sacramento de amor. Pero lo más repugnante es que son los corazones, que están consagrados a mí». Jesús pidió que, después de la solemnidad del Corpus Domini, se instituyera la fiesta especial para honrar su Corazón, haciendo en ese día «una reparación de amor, con una enmienda honorable para reparar la indignidad que recibió durante el tiempo que estuvo expuesto en los altares». Desde entonces, la devoción al Sagrado Corazón está ligada a la reparación. Pensemos en los pecados y ofensas que Jesús recibe en este santísimo sacramento. Impresiona el hecho que en el momento del anuncio y promesa de «donar su carne por la vida del mundo» (Gv 6,51) Jesús experimentó malentendidos y rechazo por parte de la mayoría de los discípulos. En la cena de Pascua, cuando instituyó la Eucaristía, Judas el traidor recibió sacrílegamente el Cuerpo de Cristo. Este hecho, que entristeció profundamente a Jesús, es recordado en la III Oración Eucarística donde se introducen las palabras de consagración con la mención «en la noche en que fue traicionado»; por eso nos suena como una advertencia. Desde entonces, cuántas ofensas de varios tipos y gravedad han golpeado a Jesús en la Eucaristía, de las que ni siquiera nosotros podemos decir que somos inmunes. En primer lugar, la falta de fe y la indiferencia de muchos cristianos. A menudo Jesús se queda solo en Iglesias cerradas y desiertas. También hay que tener en cuenta la pérdida del sentido de lo sagrado, del respeto y de la adoración con la que se entra y se permanece en la Iglesia, como si fuera cualquier otro lugar, casi ignorando la presencia de Jesús. Es cierto que Jesús se hizo pobre y humilde en la Eucaristía, pero debemos reconocerlo y honrarlo aún más por la bajada inspirada de su inmenso amor. Pensemos entonces en las ofensas que recibe Jesús en las comuniones sacrílegas hechas con pecado mortal en el alma. Un hecho interesante es que la reparación se injertó casi naturalmente en la adoración eucarística. La solemnidad del Corpus Domini con la procesión pública, instituida por el Papa Urbano en 1264, tenía y tiene como objetivo reavivar la fe del pueblo cristiano, pero también expiar los pecados cometidos contra el sacramento de la Eucaristía. A raíz de las "revelaciones" del Sagrado Corazón de Jesús, la comunión reparadora comenzó y se difundió los primeros viernes de mes y la "hora santa" entre la noche del jueves y el viernes para conmemorar la agonía de Jesús en Getsemaní. Las ofensas a la Eucaristía son ofensas al Amor ilimitado de Jesús. Hagamos, pues, reparación con nuestro amor, que debe ser como una lámpara que arde ante el Santísimo Sacramento. Un aspecto particular de la reparación es el consuelo que se debe ofrecer al Señor adolorado por los pecados y la ingratitud, encontrando también su fundamento en el Salmo 68 (69): « La vergüenza me destroza el corazón, y no tengo remedio. Espero compasión y no la encuentro, en vano busco un consuelo: pusieron veneno en mi comida, y cuando tuve sed me dieron vinagre". La intención de quienes reparan es ser como el ángel que en el Getsemaní consoló a Jesús que sudaba sangre (cf. Lc 22,64). Santa Teresa del Niño Jesús fue muy sensible a este aspecto; en una carta a su hermana Céline le dice: «Hagamos de nuestra vida un sacrificio continuo, un martirio de amor, para consolar a Jesús». El verdadero consuelo no debe reducirse a los sentimientos, sino que debe caracterizarse por el ejercicio de las virtudes, del modo en que el mismo Jesús, como observaba San Ireneo de Lyon, consolaba al Padre, es decir, "la he consolado de nuestra desobediencia con su obediencia". Hay que afirmar con contundencia que no hay curación sin reparación. El Santo Padre Francisco nos recuerda que "la Eucaristía es la respuesta de Dios al hambre más profunda del corazón humano, al hambre de vida verdadera: en ella Cristo mismo está verdaderamente entre nosotros para alimentarnos, consolarnos y sostenernos en nuestro camino".⁶⁰

⁶⁰ Papa Francesco, Solennità del *Corpus Domini* 2024.

CONCLUSIONES

“El hombre no puede darse a sí mismo la curación que necesita. El hombre necesita ser sanado”, este es el tema de nuestro Congreso Eucarístico Internacional en Quito 2024. “En la afirmación de Mateo, “fraternidad para sanar el mundo”, a partir del cual nació el documento base promulgado por la Conferencia Episcopal del Ecuador, se expresa esta necesidad de reconocerse enfermo. Si no partimos de esto y partimos de la autosuficiencia, nunca llegaremos a una verdadera fraternidad, capaz de responder a los muchos desafíos que nos esperan. En la Eucaristía Jesús no solo nos da su Palabra, su Evangelio, sino que también nos da su “cuerpo” para hacernos comprender que está con nosotros de manera real, viviendo en nuestra historia. Siempre ha habido una lucha por comprender verdaderamente la Eucaristía en su realidad más profunda. El esfuerzo más grande es el que nos impide superar el aspecto devocional, al que todos estamos profundamente vinculados, para entrar en la dimensión más real, que es acoger un Dios que está presente, se encarna en Jesucristo y es capaz de dar respuestas concretas a las heridas del hombre. La Eucaristía debe ser para todos esta afirmación gozosa y fuerte de un Dios que está verdaderamente presente en el pan y en el vino, pero que también es verdaderamente capaz de satisfacer esta necesidad humana. Al fin y al cabo, debemos releer la Eucaristía como esta realidad capaz de dar una respuesta a las realidades que estamos viviendo y que nos sacan de rumbo: la guerra, la violencia, la inquietud, la incertidumbre del mañana. En este panorama de gran incertidumbre, los cristianos debemos decirnos cada vez más que hay una certeza: este Dios que está junto a nosotros, no de manera espiritual o devocional, está junto a nosotros de manera real, tan cercano y presente que es capaz de configurarse y habitar en nuestra historia, incluso la más contradictoria. La devoción y la devocionalidad son un punto de partida importante porque, gracias a Dios, nuestro pueblo todavía reconoce en la Eucaristía una presencia. El problema es que este punto de partida debe ser rechazado de una manera menos superficial, pero más profunda. Es

necesario hacer comprender a las personas que no solo en la Eucaristía está presente Dios, sino también cuáles son las consecuencias de esta presencia, lo que los orientales todavía llaman la “divinización del hombre”. En esta relación crecemos y llegamos a ser verdaderamente semejantes a Cristo; por lo tanto, es una transición del reconocimiento de una presencia que entonces hay que hacerla fructificar. Una presencia que debe transformarnos. Por lo tanto, se pasa de reconocer la presencia de Dios a hacer que esta presencia, que habita en nosotros, nos empodere y permita una transformación integral de nuestra persona y, de nuevo, hacer que esta presencia sea también un presagio de transformaciones globales, en la antropología, en la economía, en la sociedad, en la familia. A esto debe responder una verdadera devoción a la Eucaristía, en la que Jesús revela los afectos de su Corazón. Ciertamente, los Congresos Eucarísticos desempeñan un papel fundamental. En Quito viviremos el 53° Congreso Eucarístico Internacional. Esto significa que la Iglesia siempre ha dado gran importancia a estos encuentros, que tienen como propósito no solo llevarnos de vuelta a la Eucaristía como devoción: el centro de estos Congresos Eucarísticos es definir que el culto a la Eucaristía no debe ni puede ser rechazado sólo de manera devocional, sino para ser comprendida en su realidad más viva y profunda. Es la conciencia de que el amor de Dios encarnado en Cristo está realmente presente en la Eucaristía y es la verdadera fuente de salvación y curación del hombre. El tema elegido para el Congreso Eucarístico Internacional de Quito es “Fraternidad para sanar el mundo – Todos ustedes son hermanos (Mt 23, 8)”. El tema está escogido del Evangelio de Mateo en el capítulo 23, un tema muy claro. “Fraternidad para sanar el mundo”: hay una afirmación que la curación del mundo pasa, según la visión evangélica, a través de esta fraternidad, esta realidad en la que los hombres se convierten en hermanos, pero esta realidad, desde el punto de vista cristiano, no solo es posible de alguna manera a través de una buena educación, sociabilidad, pedagogía, psicología, sino que necesita una curación profunda, que no puede venir del hombre. El hombre no puede darse a sí mismo esta curación, el hombre necesita ser curado. En esta afirmación de Mateo, “fraternidad para sanar el mundo”, de la que nació el documento base traducido a varios idiomas y promulgado por la Conferencia Episcopal del Ecuador, se expresa esta necesidad de reconocerse enfermo. Si no se inicia de esto y se parte de la autosuficiencia no llegaremos nunca a una verdadera fraternidad, capaz de responder a las muchas heridas que estamos viviendo. Ecuador celebra 150 años de consagración al Sagrado Corazón y es el primer país del mundo en consagrarse al Sagrado Corazón, esta relación entre el Sagrado Corazón y la Eucaristía muestra que la Eucaristía es un corazón vivo, es un corazón palpitante, es un corazón capaz de dar amor y también de sentir dolor, porque el corazón de Cristo, como enseña la Tradición, es un corazón que late de amor pero que siente el sufrimiento de la indiferencia y de la frialdad con la que a menudo nos relacionamos con la persona de Jesús presente en la Eucaristía. Por lo tanto, la relación entre el Sagrado Corazón y la Eucaristía

es la superación de toda devoción para reafirmar que en la Eucaristía hay un corazón que pulsa, que late, que da amor pero que también debe recibir amor. Convertirse en “misioneros eucarísticos de fraternidad” significa transformarse en misioneros del Sagrado Corazón de Jesús, no es una llamada para algunos bautizados, es un deber para todos los bautizados, porque ser “misioneros eucarísticos de fraternidad” significa ser misioneros del amor del Corazón de Jesús, tal como Jesucristo nos lo entrega y nos lo da. Por lo tanto, el deber de una fraternidad misionera que tiene en el centro la Eucaristía no es declinable para algún bautizado o para alguna realidad eclesial, más bien es el modo mismo en que la Iglesia celebra la verdadera fraternidad. El fruto que los cristianos de todo el mundo están llamados a recoger, una vez más todos juntos y en una sola dirección, es ese corazón que late en la Eucaristía como la única fuente posible de la verdadera curación, para restablecer la curación del hombre como algo que no viene del hombre, sino que viene de Dios. Somos muy cuidadosos a la hora de encontrar soluciones a las grandes preguntas de hoy; la guerra, la violencia, la crisis económica, la crisis que abraza a nuestras familias, la crisis global, incluida la crisis climática, pero recordemos que también el Santo Padre, cuando habla de la crisis ecológica, señala el pecado original como la primera realidad en la raíz de esta crisis, no es sólo una crisis económica, del egoísmo del hombre, sino que la fuente más profunda de toda verdadera discrepancia a nivel antropológico y económico está en el pecado original y el único capaz de curar profundamente este pecado de raíz es el Dios encarnado que, encarnándose y haciéndose presente en la Eucaristía, va a sanar nuestras relaciones enfermas con su corazón y nos permite, si elegimos seguirlo, beber de la fuente de la vida.